

(PARIS.)

EL PRIMER DIA EN PARIS.

Para un espíritu observador, para una imaginación viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el día de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que ó no se borran jamás, ó dejan honda huella en el corazón y en los sentidos.

Yo llegaba á París por Charenton (1) así como otros van á Charenton desde París. Había salido aquella mañana de la linda ciudad de Autun, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, había abandonado la diligencia y tomado una carretela, con otro compañero de viaje también jóven, también extranjero y también como yo deseoso de gozar. Ignoro si á él le sucedería lo que á mí, ni sé si pensaría en Viena, su patria; por mi parte no podía apartar la memoria de la mía, y estableciendo una relación mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanares desde el Sena, el cerro de los ángeles desde las alturas de Montmartre, y los puentes de Segovia y de Toledo desde las de Jena y Austerlitz. Y todavía no eran estas las comparaciones más desventajasas; pero cuando veía desplegarse á mis pies aquellas ricas y frondosas campiñas, cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles, cuando en vano pretendía enumerar la multitud inmensa de las casas de campo, (*chateaux*) paradores, (*hotels*) foudillas, (*restaurateurs*) y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacían absorber en la idea que formaba de la capital que iba á conocer, cuando esta se desplegó á mi vista en toda su extensión, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de Nuestra Señora, de San Sulpicio, y de las Tullerías, aquellos palacios en fin, aquellos templos que ya de antemano tenía yo tan impresos en mi idea, cuando en fin comparé todo este magestuoso

espectáculo con el triste y monótono que tantas veces había contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.

Ya habíamos pasado el puente de Charenton, y yo contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, había preguntado al conductor cuanto nos faltaba aun para esta. — “Dos leguas”, me contestó. — Pero la serie de casas de uno y otro lado no concluía, antes bien, de bajas y sencillas, iban tomando formas más magestuosas y elegantes; ya se dividían en calles traviesas y de una prolongada extensión; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruages de todas las formas conocidas, de traquineros, de paseantes, iba aumentando prodijiosamente; ya veía desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés... y sin embargo París no parecía. — Conductor ¿cuánto nos falta aun para llegar? — ¿A donde? — A París. — Hace hora y media que estamos en él. — Pues ¿cómo? ¿desde cuando? — Desde Charenton. — ¿Pues no había dos leguas? — Si señor, pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

— ¡Con que esto es París! ¡dos leguas! por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debía haberte adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podían encontrarse en cualquier parte. — Pero Señor á donde vamos á parar? Dos horas hace que andamos y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que vamos en pies ajenos; ¡cielos! que será cuando tenga que franquear estas distancias con los míos... ¡Qué tristeza!... esto será vivir solo en medio de la multitud. Esta sentida reflexión es terrible, y sin embargo es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demás (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡qué calles tan sucias y oscuras! ¡qué casas tan negras! ¡qué monotonía, que pesadez de edifi-

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

cios! ¿Dónde estás alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para matarme en este tenebroso basurero? Beniego de París, beniego y me arrepiento de mi resolución.

"*Hotel royal des messageries*" hola, aquí es donde haremos alto... ¡Qué confusión! ¡cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlín; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias?... ¡ay que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrero y mi saco; que los meten en aquel coche!... ¿qué es esto, donde me llevan VV.? — *Entrez Monsieur*: — Pues señor, heme aquí trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; ¿pero á donde nos dirigiremos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres... escojamos. — "Conductor, al *hotel de ... Rue Richelieu*. — "Estamos en él."

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un *hotel*, por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquella donde van á reunirse constantemente lo mas escogido y brillante de la poblacion de Europa, donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito confundiendo con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos, reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles mas grata su permanencia. Asi es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulación. Anádase á esto la elegancia y primor del mueblaje de las habitaciones, el esmero y uso en el servicio, el órden admirable en el régimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega á dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, y nadie estrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar menos las comodidades de su propia casa.

Heme aquí instalado en mi habitacion parisien, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secretaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis caudeleros y campanillas; ¡cuán grato es aquel primer momento, en que uno entregado á sí mismo y descansando de las fatigas de tan largo viaje, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha aunque mudos decirle todos "Estás en París."

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entrebrea respetuosamente. — Es el célebre conductor (*Domestique de place*) que viene á ofrecer sus importantes auxilios sirviéndolos de guía en el laberinto de París; para él no hay secretos ni puertas cerradas en la ciudad; los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña os repetrará la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje digno de la pluma de *Scelbe*, es un tipo original de París, es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta que gusta de ostentar sus perfecciones, es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el muese Pedro de aquel retablo. — No lejos de él viene á ofrecerse á vuestras órdenes el mozo del *hotel*, que os brinda con su *cabriolé* á *dos francos* por

hora; este os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdiccion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios. — Luego viene el barbero con su cagita llena de ungüentos y cosméticas para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de pies á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del día, y envidiando la guitarra y la alegría de los *figaros* españoles. — Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido en la cabeza y su delantal, su zapalito ajustada, y sus sortijas de *souvenir*; luego entran las fantásticas tarjetas de *adresses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores, y gabinetes de lectura de todo el cuartel; y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del *hotel*, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba á bajo, y mirará vuestros trages con una sonrisa compasiva; despues dirigiéndose á vos con un aire solemne exclamará: — "Monsieur, mucho me alije el tener que decirlo; pero vuestro guarda-ropa necesita *incessantemente* una rehabilitacion completa, con arreglo á los adelantamientos del siglo." — Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un autópoda.

Ya en fin se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo la verdadera *guía parisien*; por hoy no quiero ni *cabriolé*, ni *cicerones*, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones, vamos pues á la calle, ¿Pero á donde dirigire mis pasos? ¿iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, El Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevards* ó el *Palais royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle el impulso de mis pies, y entreguémonos al numen tutelar que sin duda debe haber para los recién llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en días de feria en una tienda de tírulsos; en el momento en que tú, desoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado veador le muestra profusamente? Pues he aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por los curiosas calles de aquella capital. Mirale correr precipitado de un objeto á otro sin entenderlos ni clasificarlos en su memoria, pararse de pronto, y volver á desandar lo andado; y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la muestra de un peluquero; el prolongada *iseton omnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería; las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estamperia, como la elegante y agraciada *limonadiere* que regenta el mostrador de un café; que se rie en la cara á su sansimonismo con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un *cabriolé* por volver á mirar el gracioso balle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas; que luego sube en una *omnibus* para dejarse conducir por ocho cuartos sin saber á donde, y en seguida se apea y vuelve atrás, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacén; y mas allá se le antoja una estampa, y luego una sortija, y despues un libro, y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabón, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lapiz, ni papel, ni manos, ni cabeza; entre tanto recibe con agrado las innumerables tarjetas que le entregan por los celles con las

señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luego compra en el *punteo nuevo* una cadena casi de oro por cinco reales, y despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse en algun establecimiento á la holandesa, y luego se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Mina, Angot y Mr. Leprice*, y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las *Catacumbas*, y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del jardín del padre *Lachaise*.

Pero hay entre todos estos un momento verdaderamente solemne y magnífico; y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*. Ha viajado bastante y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, ha solido verlos con el entusiasmo de una imaginación apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresión tan profunda y agradable como el interior del gran jardín del Palacio Real. Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba; pues bien, ahora debe añadir que solo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán exajerada esta observación; á los que no, toda descripción sería inútil y cansada. Basta decirles que en él viene á reunirse todo lo que una población numerosa, activa, y brillante puede ofrecer de interés en las artes, la industria y el comercio, todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginación y los sentidos; infinidad de almacenes magníficos surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, foudas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos jéneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan soñado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado, pero mi estómago mas positivo aun que mi cabeza vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que la habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Fery*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve pues que transigir con su justa exigencia y entrar en aquella saculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que sin haber visitado á París calculan de los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los *Dos amigos y Rocher de cancale*, entre la *Fontana y Les freres provencaux*. Se ha dicho no sin razon que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto el mas delicado gastrónomo no tiene allí la menor queja; y para edificacion de los madrileños que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros miseros guisados, convendría reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. De aquí la voga de tales establecimientos que no solamente estan en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la población fija de aquella capital. Su elegancia por otro lado; la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminación de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas manditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son

cosas tales que en vano pretenderia yo aquí ni tan solo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, y de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como practico de otras veces en aquella capital, gustó hacer un examen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante. Acabada la comida y teniendo á la vista el *Entrevue* y el *Vert-vert* periódicos de teatros, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cual daríamos la preferencia. ¡Ay que no era nada! Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teníamos á donde escoger. ¿Y que espectáculos? *Roberto el Diabolo, I Puritani, El misantropo, Ifigenia, Lucrecia Borgia, El arte de conspirar, La torre de Nesle, El diablo en Sevilla, El hombre del siglo...*, Mayerbeer, Bellini, Moliere, Racine, Victor Hugo, Scibe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfia el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars, Fay, Mtes. Ligier, Joanny, Samson, Rubini, Tamburini, Fbanoff, La Grisi, y la Unguer...* y esto sin contar otro sinnúmero de diversiones mas vergonzantes, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con carreta, *Campos eliseos, Idalia, Tivoli, Kanxall, Frascati, el Prado y el Retiro*; conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de Indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoria, sombras chinecas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos, y volatimeros...

Pero era el primer día que yo estaba en París y me hallaba en el palacio real; creí pues de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro francés, al teatro de Racine y de Corneille. Reuníase casualmente en el una circunstancia favorable. La célebre actriz *Mars*, viniendo de las provincias, salía á ejecutar el papel de *Celime* en el *Misanthropo...* Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de tirarse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel día; comuniqué á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia real de musica* donde á la sazón se hallaban cantando el *Roberto el Diabolo*, de Mayerbeer. Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el majico vuelo de *Mlle. Tallioni*, y demas comparsa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del extasis dulce en que me hallaba, tomé acabada la ópera el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches, sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tartoni* ni en el *Inglés*; sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero, sin acordarme en fin de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente día, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas aun mas gratas del porvenir.

El curioso parlante.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Véase el número anterior.)

Quedan pues presentados los principales cargos que

pueda hacerse á Tirso; esto es, la poca importancia y la repeticion de muchos de los argumentos, y la demasiada libertad en el modo de manejarlos; pero estos cargos no son de ninguna manera tan absolutos que no pudiera contestarlos con excepciones honrosas, en que fortunadamente se apartó de aquellos defectos. En algunas de sus comedias, con efecto, supo hacerse superior al torrente de su siglo, y atreverse á la pintura de caracteres cómicos, dejando entrever un objeto moral como fin de sus composiciones. *Marta la piadosa; Por el sótano y el torno; La celosa de sí misma; Ventura te dé Dios, hijo; Privar contra su gusto* y otras varias, dan bien á conocer lo que Tirso era capaz de hacer en este punto, así como tambien que le era posible el arreglarle á un plan discretamente moderado por la razon y el buen gusto.

Tiene ademas este insigne poeta la gran recomendacion de la originalidad é invencion de muchos de los personajes dramáticos que despues han hecho fortuna manejados por otros autores; y no pocos de estos han copiado ó imitado á Tirso sin tener en cuenta lo que le debian. La hipocresía y la falsa virtud habian visto una imagen suya en la *Beata enamorada*, antes de Moliere y de Moratin. El *Convidado de piedra y Burlador de Sevilla*, de Tirso ha sido imitado despues por nacionales y extranjeros. Ni Rotron ni Regnard, ni Picard habian escrito antes que Tirso hubiese ya dado en *La ventura con el nombre* una comedia cuyo argumento es una semejanza en el semblante. *La celosa de sí misma* ha sido imitada por varios; Moreto dió en *La ocasion hace al ladrón* una copia de la *Villana de Vallecas de Tirso*, y en el *Desden con el desden* trató el mismo objeto que aquel en *Celos con celos se curan*. Cañizares copió la *Antona Garcia* ligeramente variada, y lo mismo hizo Matos con la *Eleccion por la virtud* á que dió el nombre de *El hijo de la piedra*, y finalmente Montalvan copió servilmente á Tirso en *Los amantes de Teruel*.

Cosa inconcebible parece que el mismo hombre que cuando queria saber conducir tan dignamente su pluma por el camino de la razon; que era capaz de desenvolver (sin mengua de su ingenio) una intriga peregrina, natural é interesante, tal como la de *Amar por señas, Amor y celos hacen discretos* y otras, llegase en otras ocasiones á delirar hasta el punto repugnante que se ve en muchas de sus comedias; léanse sino *Escarmientos para el cuerdo; La condesa vandadera; Los lagos de San Vicente; El mayor desengaño* y otras varias, en que se dejó atrás á lo mas desatinado de sus rivales.

Peró el genio de Tirso obedeciendo de este modo al gusto extravagante de un público poco escrupuloso, supo como hemos dicho sujetarle en otras al saludable influjo de la razon y del buen gusto, ofreciéndole pinturas animadas y exactísimas de las costumbres nacionales, como en *D. Gil de las calzas verdes; Por el sótano y el torno; El amor médico* y otras varias en las cuales precedió á Moreto, Alarcon y Solís, indicándoles el camino de la verdadera comedia. Engolfado en otras ocasiones en los mas profundos arcanos de la metafísica amorosa, supo pintar el amor con todos los caracteres posibles, sublime, talmado, tierno, burlesco; en los palacios y en las cabañas, gozando en la prosperidad ó luchando y venciendo la adversa fortuna. — *El castigo del pensé qué; El vergonzoso en palacio; El burlador de Sevilla; Amor y celos; Amar por razon de estado*, y casi todas sus comedias dan repetidas pruebas de aquel acierto, y pueden todavia admirarse aun despues de haber admirado á Calderon; y finalmente supo luchar hasta en fecundidad con el celoso de su siglo, pues que ya queda asegurado por el mismo Tirso, que tenia escritas trescientas comedias en 14 años.

Peró en donde este poeta aventaja á todos los demas dramáticos españoles, es en la pintura de las costumbres

villanesas que sabe trazar con una verdad y gracia, en que no dudamos asegurar que no ha tenido rivales, ni siquiera felices imitadores.

“Par Dios que hemos arrendado
unos prados del concejo;
pujólos Anton Bermejo
y picóse Bras Delgado;
volviólos á pujar mas
y emberrinchándose Anton
pególos otro empujon;
pujó cuatro reales Bras,
y á tal le puja les trujo,
que aunque los llevó Delgado,
creo, segun han pujado,
que quedan ambos con pujo.”

D. Juan. “Casaros, ¿cuando á con quien?
Violante. ¿Cuando? mañana temprano
que ansia el cura lo dijo,
¿Con quien? con Anton el hijo
de mi viejo Bras Serrano;
¿Cómo? con juntar las palmas
al tiempo que el sí, pregunten,
¿mas qué importa que las junten
sino se junten las almas?
¿Dónde? en cas del escriben
que mos hace la escritura
¿por quién? por mano del cura
delante del sacristen.”

Dominga. “Si vos el hechizador
lo sentís como lo habraís,
á buen puerto vos llegais
que á la fe que os tengo amor.
No lo saben sermonear
los de acá tan á lo miel,
quizás lo hace el burriel
ó el carraqueño manjar;
mas vos aunque caribarto
en cada ojo socarron
tenedes si hechizos son
dos varas de garabato;
yo sirvo al mejor serrano
que toda la Limia tien,
es rico é home de bien
é cinco ducados gano.
Siete da á cada baquero,
si él os recibe y conoce
siete y cinco serán doce
juntaremos el dinero,
haremos hucha yo y vos,
diez años le serviremos,
la alcancia quebraremos
á los diez años los dos.
A doce ducados son
diez años, si bien los cuento,
diez á doce, veinticiento
que será rico pellow;
compraremos bacorriños
que los gallegos son bravos,
un prado en que sembrar nabos,
dos cabras y dos rociños;
cogeremos, ya el centeno,
ya la borra, ya el millo;
buen pan este aunque amarillo;
sano el otro aunque moreno;
gallinas que con su gallo
nos saquen cada año pollos,
manteca de baca en rollos,
seis castaños, un carballo,
una becerra y un buey,
y los diez años pasados

podrá envidiarnos casados
el conde de Monterrey.

Caldega. ¿Cómo te llamas?

Dominga. Dominga.

Caldega. Mi fiesta de guardar eres,
si á lo prestado me quieres
tu esclavo soy; ata y pringa,
ya estarás golosmeada,
mas dudar en esto es yerro
pasaste la cruz del ferro
y vendrás desojaldrada.

Dom.

¿No has querido á nadie?

¿Yo?
soy por vida de mi padre
tan virgen como mi madre
me parió.

Caldega.

Deja el parió
y á lo primero te allega,
pues yo me sé aunque perfiás
que son muchas gollerías
pedir doncellez gallega. »

Aquí ya se descubre la natural malicia de nuestro P. Definidor, que se complace en tener constantemente re-
tozando en los labios de los oyentes una risa juguetona.
Sin embargo, el auditorio bullicioso que depuestas las ar-
mas de la crítica, se vió involuntariamente arrebatado
por las gracias del maligno Tirso, quedase de pronto sor-
prendido cuando le oye prorumpir en sentencias tan
profundamente filosóficas como enérgicamente espre-
sadas.

«Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pie mantiene;
que no es rico el que mas tiene
sino el que ha menester menos. »

«Por no venir á gastar
del recibo es bien me prive,
que la mujer que recibe
es forzoso que ha de dar. »

«Pad al diablo la mujer
que gasta galas sin suma,
por que ave de mecha pluma
tiene poco que comer. »

«La sombra del nogal
representa al desdichado
que á cuanto alcanza hace mal. »

«La mujer en opinion
siempre mas pierde que gana,
pues son como la campana
que se estiman por el son. »

«En la mesa del amor
los celos son el salero,
que para ser verdadero
ellos han de dar fabor;
pero advierte que es error
echar mucho al que es sencillo:
con la punta del cuchillo
pone sal el cortesano,
por que con toda la mano
no es templallo es desabrillo. »

«El que en los príncipes fia
y á la cumbre del poder
por el favor va subiéndolo,
taire como asienta el pie.
Por escaleras de vidrio
sube el privado mas fiel,

y es fácil cuando descienda
ó deslizar ó romper. »

Preciso sería copiar la mayor parte de los diálogos de Tirso, para dar á conocer toda la riqueza de su imaginación, toda la profundidad de su estudio, toda la fuerza, originalidad y gracia de su lenguaje; pero basten los ya citados para reconocer en este eminente autor uno de los hombres mas insignes de que puede con razon gloriarse el Parnaso español.

Por eso es tanto mas digno de censura el criminal é injusto olvido en que le han echado tantos autores como han tratado de la historia de nuestro teatro, y en el cual ha permanecido como eclipsado hasta estos últimos años en que un apreciable literato (D. Dionisio Solís), volvié á despertar la buena fama de Tirso, presentando en la escena varias de sus comedias refundidas con bastante discrecion, y por fortuna perfectamente desempeñadas. El público del dia quedó tan prendado de ellas, que el nombre de Tirso es un talisman para llenar el teatro, y su reputacion por mucha que fuera en vida, creemos que se halla hoy mas sólidamente asegurada.

Únicamente sería de desear que muy pronto llegásemos á ver concluida la reimpresion de todas las comedias de Tirso, que emprendió hace dos años otro literato, profundo conocedor y entusiasta de nuestra antiguo teatro. De este modo el tesoro completo del Maestro Tirso, conocido únicamente en el dia por algunos pocos aficionados, llegaría á hacerse general, y en ello ganarian á un tiempo la reputacion del poeta y la gloria del país.

R. de M. R.

ADORNOS DE TOCADOR.

De las agujas á la valenciana.

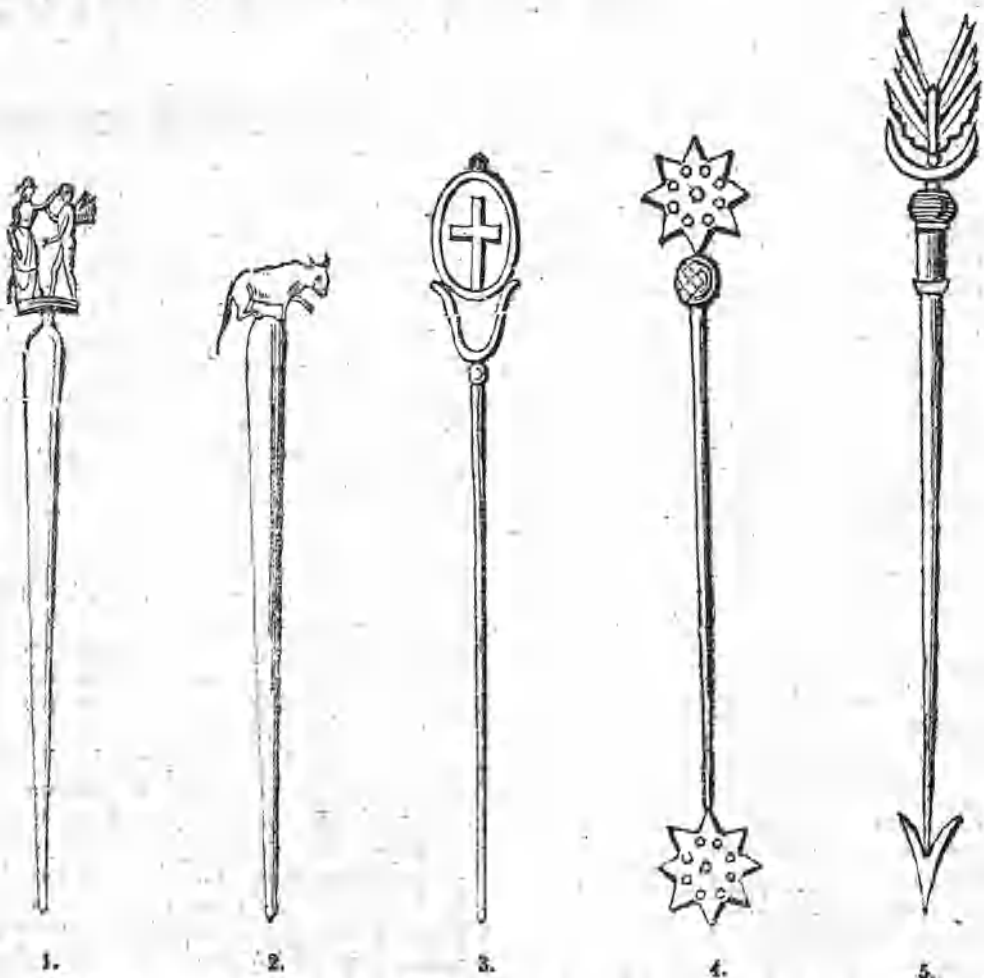
No teniendo ya la moda objetos enteramente nuevos que crear, las desfigura y enmienda mañosamente ofreciéndolas de nuevo como originales. Uno de estos objetos desfigurados en cierto modo, ó mas bien presentados hoy como un nuevo capricho, son las agujas con que suelen adornarse el peinado nuestras damas. Dicese hoy á esta moda *valenciana*, y no dicen mal si se atiende á que de inmemorial se conservan en aquel jardín de España estas agujas que forman el principal adorno del sencillo tocado de aquellas hijas de las gracias; pero yo conocedor de los juguetes de la moda y algo aficionado á registrar sus interesantes archivos, me inclino de que cada cosa ocupe su lugar, si es posible, y trato de descubrir á nuestras bellas el origen del objeto que hoy llama su atencion en el tocador, y sin que sea mi ánimo en esto, el apagar su ilusion, á dar el debido mérito á esas flechas que pasan hoy desde su linda cabellera á herir nuestros sensibles corazones.

En las sencillas costumbres de las damas Etruscas se nota ya que frecuentemente sujetaban sus cabellos con agujas parecidas á las que hoy se usan, y así se advierte en muchos vasos etruscos y bajos relieves cuya elegancia en la forma y en los dibujos causa hoy el asombro de los inteligentes que miran en el nacimiento del arte un ingenio y desenvoltura tan maestra, y un adelanto tan precoz como rápida fue su decadencia. En muchas estatuas y obras griegas y aun en algunas medallas particularmente en las de Siracusa, se notan agujas que prenden los cabellos, con formas bastante graciosas, y tambien las gastaron las mujeres de los griegos Hebreos, si hemos de dar crédito á escritores conocidos por su suficiencia y verdad histórica. Empero, si ya aquellos pueblos usaron este adorno, donde se ven campear las agujas con las formas mas elegantes y en mayor profusion,

es en las romanas, particularmente en los tiempos de la república y de las doce primeras emperadoras; y así es, que además de las estatuas, bajos relieves y pinturas, en las medallas de familias romanas, y en las de las mujeres de los césares campean generalmente para sostener aquellas trenzas tan variadas como preciosas que daban realce á la natural hermosura de aquellas que despues fueron adoradas como diosas ocupando los suntuosos templos de la gentilidad. Como las agujas lucian tambien en las pelucas de las diosas, en los adornos de las vestales, y sacerdotisas y aun tambien en las cabezas de los sacerdotes destinados á peinar á la Diosa Cibelell llamados *sacerdotes capillati* segun Gratherio; los artistas se esmeraban á porfia, conducidas por la veleidosa moda, en la variedad de las formas, y los ídolos, los animales, y cuantos objetos presenta la naturaleza, eran la ocupacion del cincel, del crisol y yunque de sus talleres; de suerte que las cabezas de dichas agujas representaban figuritas de Venus, Castor y Polus, Cupido y Psigne, ú alegorías relativas á la religion, á las pasiones ú á la historia general. Entre las joyas de boda las agujas y punzones del tocador, jamás eran olvidados como que constituian una parte de las principales del aderezo. Estas agujas eran de todos metales conforme la clase de la portadora siendo generalmente de oro, segun Marcial y otros escritores, las de las grandes señoras, de plata y de marfil las de la clase media, y de bronce y aun decaña como

afirma Reding las de las plebeyas. El nombre de la dueña y el de su marido, solia grabarse en estas agujas, y así se ve en una perteneciente á María mujer de Onorio la que fue enterrada en el Vaticano en cuyo sepulcro se halló una aguja citada por Guasco en la página 50 de su obra. Era tanta la supersticion romana, que la aguja con que se trenzaba (1) y sujetaba la peluca de Cibelell, se miró como milagrosa, y *Servio* la cuenta entre las prendas de la duracion y gloria del pueblo romano de la misma suerte que las cenizas de Vcienses, el cetro de Orestes, el de Priamo, los escudos sagrados etc. *Septem fuerint paria que imperium Romanum tenent, acus matris Deum.*

Señores los romanos de todo el Orbe por sus conquistas, enseñaron sus costumbres á todas las naciones con el intento de destruir las que antes existian, y por esta razon las agujas pasarian á ser adorno de las damas de las Gallias y de nuestras españolas. La incursion de los bárbaros en el imperio, destruyó del todo las artes, que desde Tiberio habian decaido en sumo grado, y las costumbres tomaron otro sesgo, y cuando los romanos perdieron sus dominios é independendencia, todo murió con su libertad, pues el afan de destruir las hechuras del contrario que acompaña comunmente al vencedor, unido á la grosera estupidez é ignorancia de los belicosos godos, les condujo hasta concluir con las pocas obras maestras del arte de los antiguos que respetáran los cristianos á la destruccion de la idolatría.



1 y 2 Romanas. — 3 del tiempo de los reyes Católicos. — 4 del de Felipe IV. — 5 del de Carlos IV.

Mudáronse las costumbres bajo el cetro de yerro de los godos, y solo quedaron algunas desfiguradas y amortiguadas á manera del último rescoldo de un brasero que hubiera mantenido una gran lumbrerada. Limitándonos solo á España podremos asegurar que no hay memoria

de que las godas primitivas usasen las agujas en sus tocados, pues en los poquísimos monumentos que nos deja-

(1) En vez de las tenacillas que sirven hoy para rizar el pelo, usaban las romanas una aguja de yerro ó acero muy caliente en la que rozaban el pelo para formar el rizo, como lo dice Macrobio y Ovidio.

ron tan groseros como ellos, (si se exceptúa la arquitectura que lleva su nombre, sin pertenerles en nuestra opinión) nada aparece que pueda ayudar nuestro propósito. Introducida en España á la destrucción de los godos la profusión y elegancia asiática, por medio de los árabes, volvemos á notar las agujas adornando la cabellera de las bellas musulmanas, y como la moda no acostumbra á respetar religiones, no tardó mucho en ser costumbre en las descendientes de Pelayo. En esta época debieron en nuestro entender empezarse á usar las valencianas que se han venido tambien con ellas, que las han hecho su alhaja favorita.

Las damas de las brillantes cortes de Castilla, hasta los Reyes Católicos y aun poco después, se sabe por varios autores gustaron dichas agujas y aun se ven adornadas con ellas en algunos retratos, y ya no vuelven á notarse hasta el alegre reinado de Felipe IV en que el conde duque de Olivares para favorecer sus ambiciosas miras, hizo brillar en Madrid el lujo oriental á pesar de las prauaticas de los Reinados anteriores para contener los excesos del lujo. Escondió por algun tiempo la moda el enuciado adorno sustituyendo á el otros propios del triste reinado del hechizado Carlos II y del belicoso Felipe V, y en el del inmortal Carlos III en que las artes valieron algo mas y adquirieron gusto y elegancia, sacó otra vez la moda sus agujas con los nombres de *flechas* para señoras y de *rasca moños* ó *mata-maridos* para las manolas y gente del pueblo; pero no se generalizó hasta el reinado de Carlos IV en que fue este adorno oscurecido otra vez por los erizones, cónias y promontorios con que se tocaban nuestras madres y abuelas.

Solo las valencianas han sido constantes en el uso de las agujas, y á ellas y á las máscaras de Oriente, debemos el que hayan vuelto á aparecer en el teatro de la moda española sin necesidad de que nos venga, como sucede con las demas objetos de lujo, de allende el Pirineo.

Nuestras madrileñas que tantas ventajas alcanzaron con ellas en los sarros, que tantas conquistas las deben, sintieron haber de dejarlas enteramente hasta el verdadero carnaval, y consultado con su espejo, al desprenderse las agujas del tocado, no pudieron conformarse en abandonarlas.

B. S. C.

IDEAS GENERALES DE ECONOMIA.

En vez de fundar la prosperidad pública en el ejercicio de la fuerza bruta, la economía política la da por base el interés bien entendido de los hombres. Estos no buscan ya la felicidad sino en donde tienen seguridad de encontrarla.

Para que los charlatanés no le engañen y para no ser víctima de los intereses particulares, necesita el público saber en que consisten sus propios intereses.

El triunfo menos dudoso es el de la verdad.

Si la economía política desacredita á las malas instituciones, fortifica y apoya las buenas leyes.

No hay pueblo ignorante que sea rico ni esté bien abastecido.

Las falsas ideas son un mal positivo porque inducen á tomar medidas falsas.

Los derechos moderados aumentan indispensablemente el consumo, al mismo tiempo que los excesivos paralizan á la vez el consumo y el producto.

Es uno de los hechos mas confirmados por la experiencia el de que todos los pueblos, cuyas instituciones deprimen el entendimiento tienen una industria muy lánguida.

Uno de los beneficios de la economía política es enseñarnos á apreciar cada ventaja en su justo valor.

Un pueblo vecino que prospera debe ser mirado mas

bien como un amigo útil, que como un rival dañoso.

Los países en donde las fortunas medianas son las mas numerosas son los mas felices.

Nuestras riquezas estan en proporción de la cantidad de cosas que podemos adquirir, y esta cantidad está en proporción á su abundancia, ó lo que es lo mismo, á su bajo precio; porque *abundancia* y *baratura* no son cosas distintas, sino un mismo hecho expresado con dos palabras diferentes: cuanto mas comun es una cosa menos cuesta, y no cuesta poco sino en razon de ser comun.

No puede haber division de trabajo sin asociacion, ni tampoco desarrollo de luces.

El derecho de propiedad está en la naturaleza del hombre. Es preciso poder *poseer* para que se anime cada uno con el deseo de adquirir.

La legislación mas favorable á la industria es aquella en que se procura á todos el mas alto grado la libertad y seguridad de sus personas y propiedades.

El procurarse cosas útiles, cómodas y agradables no es corromperse, porque la corrupcion consiste en tener gustos depravados, mas dañosos que útiles; es por el contrario llegar á un grado mayor de civilizacion; es vivir mas, ser hombre mas completamente.

TEATROS.

EL PAGE. Drama en cuatro jornadas; su autor Don Antonio Garcia Gutierrez.

La escena nacional, saliendo del lastimoso abatimiento en que por largo tiempo ha enmudecido, nos presenta ya mas frecuentemente ocasiones de ocuparnos de ella, y jamás trabajo alguno excitó mayor simpatía en nuestro corazon ni en nuestra pluma.

Cuando observamos con placer á esa escogida porcion de jóvenes escritares, arrojarse inpávidos á una arena en que tan meritorios son los triunfos por lo difíciles é inseguros; cuando por resultado de esta noble lucha, vemos renacer al par el interés del público, que desmiente con este proceder la mal fundada acusacion de indiferencia; parecemos que nuestro deber consiste en prestar un apoyo, siquiera débil y pasajero á los nobles esfuerzos del talento, y al poderoso aliciente de la solicitud popular.

Entre los varios autores que han logrado últimamente interesar aquella, pocos podrán gloriarse de haber excitado la pública simpatía desde los primeros pasos en esta carrera, como el autor del drama que hoy vá á ocuparnos, en cuya frente brillan aun en toda su lozanía los laureles que supo granjearse con su interesante y primera producción *El trocador*.

Múevanos, pues, á detenernos á emitir algunas reflexiones que no creemos inoportunas el interes que naturalmente inspira un joven que se anunció con tan brillantes esperanzas, y en quien desde luego se descubre aquel don celestial del genio, don que no es dado á los hombres conceder, y que directamente se recibe de la mano del Omnipotente; don que si fortifica y desenvuelve el estudio, es porque encuentra el germen en la cuna; pero don tambien que á par que brida con la noble palma al que sabe dirigirle por el buen sendero, imprime severa responsabilidad sobre el ser privilegiado, que poseyéndole desconoce su origen divino, y le tuerce en contra de su noble y primitivo fin.

En otros artículos sobre demas modernos, hemos dado á conocer nuestro pobre juicio acerca del abuso criminal que los autores del día, y singularmente los franceses, han hecho de aquel presente de la vida, convirtiéndolo en sus manos en arma ponzonosa de seducción y de mildades, que prestan á la nueva escuela literaria, un

carácter inmoral que nada tiene de común ni de indispensable al justo desahogo de ciertas reglas acritas con que la autoridad de los antiguos quiso entorpecer el libre vuelo de la fantasía. Y limitándonos sinceramente de tan funesta equivocación, hemos escitado con fervor á nuestros jóvenes autores, á aprovechar de lo favorable de la nueva escuela, sin incurrir en los errores de sus modelos: á dar libre rienda á la lozanía de su imaginación, sin abandonar empero la verdadera filosofía; la filosofía de la virtud. Afortunadamente se hallan colocados para ello en una sociedad no tan trabajada por los excesos, ante un pueblo no tan patéticamente inteligente, con una creencia fija, con unas costumbres moderadas, y sin la exigencia en fin de acciones que habiendo sobrecido largamente los placeres fecundos del ingenio, corren desaholadas en pos de los ficticios de una engalanaada sáusteria.

La circunstancia de envolver en un drama un pensamiento moral, una idea madre á la cual vengan á subordinarse todos los adornos del ingenio, es tan indispensable, que sin ella renunciaría la escena á su primera y principal misión que es la de instruir y afeccionar al pueblo. Y cuenta, que no somos nosotros los que lo decíamos, ni sus ideas de los tiempos en que sin contradicción se mezcla á la escena como la escuela de las costumbres. Abráse si se quiere las obras de *Alexandre Dumas*, y se verá como este célebre dramático piensa en este punto. «Nunca estará de más repetir (dice) que cuantos se han dedicado á meditar sobre las necesidades de la sociedad, á los cuales deben corresponder siempre las tentativas del arte, opinan hoy, mas que nunca que el teatro es un lugar de enseñanza. El drama debe dar á la muchedumbre una filosofía, á las ideas una fórmula, á la poesía música, sangre y vida, á los que piensan una explicación desinteresada, á las almas sedientas un refrigerio, á las llagas secretas un bálsamo, á cada cual un consejo, á todos una ley. Y no es menester decir que las condiciones del arte deben ser atendidas antes de todo, y satisfechas pót entero. La curiosidad, el interés, la distracción, la risa, las lágrimas, la observación perpetua de cuanto pertenece á la naturaleza, la gaveta maravillosa del estilo, todo esto debe tenerlo el drama, sin lo que no sería drama: mas para ser completo, es menester que aspire decididamente á agradar, así como aspira decididamente á instruir. *Dejémoslos emboblar por el drama; pero que lleve dentro de sí alguna lección que sea fácil percibir siempre que se quiera disecar esta bella cosa viva, tan hechicera, tan poética, tan apasionada, tan magníficamente vestida de tisú de seda y de terciopelo. Dentro del drama mas bello debe haber siempre una idea severa, lo mismo que dentro de la mujer mas hermosa hay un esqueleto». Y mas abajo añade: «En cualquiera ocasión que crea necesario manifestar á todos en sus mas pequeños incidentes una idea útil, una idea social, una idea humana, ponde el teatro encima de ella como un vidrio de aumento.»*

Sentado este precedente cuya autoridad nos parece la mas oportuna en la presente ocasion, vamos á descender á la averiguación de si el autor de *el Page*, ha hecho en su drama la aplicacion de aquel principio, principio vital para la escena, y sin el cual hemos visto que quedaria reducida á ser un lugar de entretenimiento y distraccion. Mucho nos cuesta confesarlo, pero á nuestra escasa penetracion no se ha revelado el pensamiento moral falso ó verdadero que el autor ha querido consignar en su obra.

Doña Blanca, esposa de D. Martin de Sandaval, conde de Níella, y ligada por antiguos é impuros amores con D. Rodrigo de Vargas de quien tuvo un hijo antes de su matrimonio con el conde, vuelve á ver á su marido despues de muchos años de ausencia, y volviendo hártlo prontamente á las apasionadas persecuciones de este, no se contenta con menos que con hacer matar á su mari-

do. Pero aun hay mas; para este objeto se vale de un page niño, Ferrando, el cual enamorado tiernamente de la condesa se presta á esta maldad en la confianza que ella le ha de corresponder su amor. Y por cuanto, y para llevar hasta el estremo el horror de lo situacion, este pagecillo enamorado ardentemente de la condesa, asesino de su esposa, y rival de D. Rodrigo, es el propio hijo de este y de Blanca, á quien ni uno ni otro conocian ya. Pero la condesa huyó con su verdadero y antiguo amante, dejando así burlada la principal esperanza del page; mas cuando celebra las bodas con aquel, este se presenta á ejecutar su venganza, y para manifestar á la condesa su resolucion de quitarla la vida, empieza por envenenarse á sí propio, en cuyo estado se descubren los lazos naturales que le ligan con D. Blanca y D. Rodrigo, y muere en los brazos de ambos esposos, sus padres.

Este es en el globo el argumento, y repetimos que no alcanzamos la idea que el autor tuvo presente al desenvolverlo. Pensamos mas bien que se limitó al objeto de tejer una fabula que le ofrecia situaciones de efecto, y el cuadro de una sociedad, que afortunadamente tiene mas de horriblemente fantástica que de real y verdadera. Si al menos hubiera contrastado tan sombrío cuadro con la oposicion de caracteres interesantes, con la expresion de nobles sentimientos como tan diestramente supu hacerlo en el *Trovador*, aun no le haríamos cargo de que por esta vez se hubiese alejado del verdadero objeto de la escena. Mas por desgracia ni tampoco esto hallamos en el drama de hoy. Los caracteres todos son igualmente odiosos, y voluntariamente criminales: una mujer que abandona á su primer amante y se casa con otro; que luego hace asesinar á éste por correr tras el primero, burlándose de paso de la tierna credulidad de un niño; un hombre feroz que viene decidido á arrancar por la fuerza y la violencia á una mujer del lado de su esposo; una criatura que no duda emplear los mismos medios para satisfaccion de una pasion inatural y precoz; y manchados con todos estos horrores los lazos mas puros de la naturaleza, los lazos santos del amor filial, y formar con ellos el formidable triangulo tan frecuentemente manoseado en la escena moderna, el asesinato, el adulterio, el suicidio... ¿qué se puede esperar de verdaderamente noble, verdaderamente grande con tales elementos? ¿con quien reposará el interés amoroso del auditorio? ¿qué personaje le identificará con su suerte, quien le conuoverá en su desgracia? ¿no deseará mas bien á la caída del telon verlos confundidos á todos por un rayo del cielo vengador?

Mas hasta ya de severas reflexiones, y vengamos á la parte mas grata de nuestro empeño, cual es la de alabar el mecanismo literario del drama, sus bien conducidas escenas; su animada dialogo, su elegante y rica versificación. A nuestro entender en este punto el autor de *El Page* es siempre el autor de *El Trovador*; la lozana imaginacion, propia de nuestro clima meridional, tiene en el un digno intérprete, el habla de Calderon y de Moreto un feliz continuador; y el público español su esperanza mas que prolongar. Basta solo que la filosofía y el estudio del mundo vengan á completar la obra del genio, y á convencerle de que si las funestas excepciones del corazón humano presentadas tal vez en la escena, pueden llegar acaso á conmover momentáneamente á un auditorio estremecido; solo estudiando su curso natural y procediendo por reglas generales, podrá el escritor filósofo escitar en el pueblo constante simpatía, y vincular en su nombre una gloria inmarcesible y duradera.

M,